

Una experiencia de poesía religiosa

J. Miguel Ibáñez Langlois

Yo fui primero, a los catorce años (valga la presunción) un poeta, aunque poco sabía entonces de Dios. Primero un poeta, profanísimo. Hablaba de las mujeres, de la naturaleza y de la propia poesía. Conocí hombres de Dios que movidos por su amor a Dios escribían poemas, pero yo no era ciertamente de esos, ni lo soy. Al revés, era un aprendiz de poeta que tal vez, a ratos, buscaba a Dios; soy un poeta que se ha hecho sacerdote. No viceversa. Estuve en un principio más cerca de las palabras que del Verbo. Por entonces me sorprendí una vez rezando para que me saliera bien un poema, y me pareció que no debía hacerlo: no había que mezclar a Dios con ese negocio humano, peligroso, sospechoso de la poesía. Al escribir nunca me sentí particularmente cerca de Dios (hablo de esos años primeros), sino más bien cerca de las pasiones, de la muerte, de los árboles, de la profanidad del mundo. Cuando escribí de Dios —pienso ahora— lo hice con un dejo de insinceridad: lo religioso era poco más que un tema para mí. Oía hablar mucho —en medios católicos— de la poesía como un camino privilegiado para el encuentro con Dios. Pero yo no lo encontré por ahí (en la medida en que pueda yo saberlo) sino por otras experiencias, lecturas, hallazgos, y casi en abierto conflicto con el sentido

que encontraba en la lectura y en la escritura poética.

Cuando recibí la llamada de Dios y decidí entregarme a El —tenía dieciocho años y llevaba cuatro escribiendo—, no sentí nada particularmente favorable a la poesía. Al contrario, me sumí poco a poco en una sequedad poética que duró otros cuatro años, durante los cuales escribí los peores poemas de mi vida —los de mi segundo y tercer libro—. Ya no tenían la frescura y la mundanidad de los primeros, pero tampoco tenían nada realmente nuevo. Estaban escritos a tirones, como a tirones dejaba yo los antiguos reinos. No conocí una armonía sino más bien un desgarró entre Dios y poesía, aunque siempre confié en un futuro avènement. Ya no podía escribir de lo simplemente humano, todavía no podía escribir de otra cosa con soltura. Las palabras se me quebraban entre esos dos mundos, y aún la propia fe en el acto poético me faltaba considerablemente. Cuando Dios llega a uno, comienzan transformaciones profundas, orgánicas, lentas, dolorosas, destinadas a cambiar de centro las antiguas capacidades, a rehacerlo todo desde el principio. Los que creen en una feliz armonía entre creación y conversión, se equivocan. La unidad de vida existe, sin duda, pero como una tarea lenta y penosa, como una meta nunca bien alcanzada,

no como una fácil armonía preestablecida.

Insisto en la dualidad de los comienzos, más que en la unidad, para salir al paso de ese fácil concordismo, peor aún, de esa confusión que adjudica a la poesía un valor sacro y salvador, un espontáneo sentido místico, una grandeza automáticamente religiosa. Incluso algunos hombres de Dios se han prestado a hacer gárgaras con las parejas “poesía y oración”, “poesía y salvación”, etc., sin darse cuenta de que es pagano el intento de convertir la poesía en un acto sobrenatural y supremo del hombre. No hay tal. La poesía no salva: esa es la primera experiencia poética, que nuestro siglo recién hoy empieza a reconocer. El poeta no es un mago ni un profeta ni un iluminado ni un sacerdote. La poesía está caída como el hombre entero delante de Dios. Sólo Cristo salva, y ningún juego de palabras podrá identificar a Cristo Crucificado con la Esencia Poética. Claudel hizo de Rimbaud un místico al revés, y otro tanto se ha propuesto para Nietzsche; pero la mística al revés es un pecado contra el Espíritu, que termina convirtiéndose en un pecado contra la poesía, como bien lo experimenta hoy nuestra conciencia poética, abrumada por esa culpa original.

Ahora bien, yo sentí un día, al cabo de algunos años de aridez, que mi demonio interior de la poesía ya estaba bautizado, o comenzaba a estarlo, y que mi experiencia religiosa era lentamente admitida en la palabra poética. Habiendo abjurado de la poesía como religión, era capaz de escribir —bien o mal— poesía religiosa. En esa nueva conjunción escribí “La casa del hombre”, y después, con los años, “Eterno es el día” y “Poemas dogmáticos”. No que orar y escribir fueran la misma cosa: eso tal vez valga para San Juan de la Cruz, no para los aprendices

que tratamos de escribir y de orar con grandes dificultades. La escritura puede aproximarse a la oración, pero la oración está por encima de toda letra. A veces, en ratos de oración, me venía un verso, un comienzo poético: pero yo lo desechara y lo desecho, cuando viene en esos momentos, porque la feroz lucha con las palabras no es un buen medio para adorar a Dios con simplicidad. Sí me ocurre, en cambio, que lo visto y experimentado en la oración, en la misa, en la lectura del Evangelio, en la presencia de Dios, exige un desarrollo verbal y yo *debo* probarlo en las palabras, convertirlo en palabras, verificar su realidad en el verso. Cuando estoy en éstas, no sólo no encuentro tensión alguna entre experiencia religiosa y poética, sino que ambas corren la misma suerte, y yo siento como un desafío religioso la calidad del poema, y como una falta religiosa su debilidad verbal. ¡Que Dios perdone mis pecados poéticos! El zapatero encuentra a Dios haciendo bien sus zapatos; el amante lo encuentra amando bien; el sabio, conociendo de veras. De los chambones no será el Reino de Dios. Escribir es una conducta moral de la que Dios pedirá cuenta, cuenta poética. Por eso yo afinó el instrumento verbal “con temor y temblor”, sabiendo que su capacidad expresiva y mi conducta teologal hacen una sola cosa, y oyendo siempre las palabras del ángel del Apocalipsis: “No encuentro plenas tus obras en la presencia de Dios”, las obras poéticas.

Afirmo, en suma, que poesía y fe llegan a identificarse en el poeta creyente, pero justo a partir de su diversidad, es decir, desde la absoluta trascendencia de la fe y la absoluta humanidad de la poesía. Yo no quiero hacer de la poesía un sacerdocio: eso me parecería innoble y casi perverso. Tampoco hago del sacerdocio una tarea “poética”: eso me parece

ridículo. Simplemente escribo a partir de mi experiencia sacerdotal de la vida, que es —yo quisiera que lo fuese— una experiencia total, y por serlo, puede engendrar algunas palabras de verdadera poesía. La poesía es exactamente una experiencia, sólo que convertida en forma pura; una experiencia cuyo contenido se identifica con su forma. El espíritu y la letra son lo mismo. Conozco muy bien la tentación —mezquina y sacrílega— de utilizar elementos religiosos desde fuera, como materiales estéticos. He caído a ratos en esa tentación: el resultado es lamentable. Pienso que un solo camino se abre a quien quiera escribir poesía religiosa: vivir una profunda y efectiva experiencia religiosa. No religioso-poética, porque entonces la pureza de las realidades divinas se ve interferida por retóricas humanas. Si la experiencia religiosa es pura y verdadera —tratándose de un poeta— ella sola encontrará sus palabras, su expresión propia, su lenguaje. Si no los encuentra, o no se trata de un poeta —y entonces estamos fuera de la hipótesis en que se sitúa esta ley—, o se trata de un poeta culpable de no haber creído más, de no haber amado más.

En el camino de esta tarea, el poeta creyente experimenta su voz como un pe-

queñísimo eco donde resuenan torpemente esas Voces absolutas del autor del Génesis, de Isaías, del rey David, del Cantar de los Cantares, de las parábolas y sentencias del Evangelio, de la liturgia de la Iglesia. Allí está la más grande Poesía jamás escrita. Los lectores voraces me comprenderán si digo que a veces uno se queda sin saber qué leer, porque hasta los textos poéticos más admirables —Catulo, Virgilio, el Dante, Quevedo, John Donne, Rilke, Ezra Pound— se gastan de mucho leerlos; entonces la Escritura ofrece sus páginas mil veces recorridas con el asombro y la frescura de la primera vez. Esas palabras no se gastan nunca, justamente porque quienes las escribieron no estaban pensando en fabricar poemas ni en escribir piezas literarias ni en ser distinguidos autores, sino que hablaron en el más puro olvido de sí mismos. Hicieron verdadera poesía —que quiere decir siempre: algo más que poesía— porque no buscaron hacer poesía. Donde se cumple aquello del Evangelio: sólo el que está dispuesto a perderse se ganará; al que busca sólo el Reino de Dios y su justicia, lo demás se le dará por añadidura; el que lo abandona todo por Dios recibirá, aún aquí abajo, el ciento por uno.

